

La Candelaria

Despierto por el ruido de la puerta del almacén. Estiro el cuerpo para desperezarme, y *los que se pisan* para evitar que me lanzaran agua. Camino alejándome de la Carrera Décima por la calle Once conocida como Calle de los Sombreros. Me detengo frente a la Sombrerería San Miguel, una de las más antiguas de la ciudad y observo los sombreros exhibidos; el marlboro, el cervo, el zafari, el cachaco, el charlot, el stetson. Para mí todos son iguales.

Como siempre, los humanos caminando de prisa dirigiéndose a sus trabajos, vestidos de gris, ensimismados en sus pensamientos, desconociendo su entorno, sin tener contacto visual con sus congéneres.

Al llegar a la Plaza de Bolívar, embisto a las palomas que dan *papaya*, para asustarlas. Los lambones me dan un par de paraguazos en la espalda, pero no importa. Hacer eso es una *chimba*. Me echo en la plazuela hasta la media mañana para asolearme un poco y calentarme. Observo a las mensajeras comer arroz arrojado por los transeúntes mientras espero un poco de comida de algún humano presente en la protesta del momento, pero *pailas*, recibo solamente indiferencia. Luego de orinar en una de las losas del nuevo Palacio de Justicia, continúo mi camino.

Me dirijo hacia La Puerta Falsa, sitio en el que Manuelita Sáenz, compraba sus golosinas hace poco menos de doscientos años, hoy *mecateadero* de los bogotanos donde disfrutaban del tamal con chocolate, agua de panela con almojábanas y queso, cocadas y otros dulces tradicionales. Llevo unos minutos frente a la entrada del local, pensando que se ampollaría mi rabo por estar sentada en el piso por el cual transitaban personajes como Jorge Eliecer Gaitán, Alberto Lleras Restrepo, Alfonso López Michelsen, Julio César Turbay Ayala y otras tantas eminencias. De pronto escucho una voz desde el fondo del salón: ¡ahí llegó Candelaria! y sale doña Lucila, matrona del establecimiento, quien luego de acariciar mis orejas, me sirve unas sobras de tamal en una taza dispuesta para mí, con las que quedo *full*. Gracielas a esa bacana.

Continúo la marcha. Al llegar frente al centro cultural Gabriel García Márquez, me acerco al ventanal de la librería que da a la calle, veo los libros en exhibición: *Breve Historia de la Locura*. *Cordura, Locura y Familia*. *Demonios de la Mente*, *Biografía de una Esquizofrénica*. *Dialéctica de la Locura*. Recuerdo a mi amo. Los humanos son muy complicados, ven el mundo al revés. A los sensatos los tildan de chiflados y a los *cafres* de cuerdos, incluso votan por estos últimos. El libro que llama mi atención es *Siete maneras de matar a un Gato*.

Luego de echarme el *motosito* de medio día camino de prisa entre los estudiantes y gentes que van y vienen de la Biblioteca Luis Ángel Arango, lugar donde años atrás vi salir constantemente a quien es hoy mi *llave*, mi amo. A él, le llaman de diferentes maneras; El Loco, El Poeta, El Profe. Es matemático de la

Universidad Nacional, pero trabajó pocos años y terminó como yo, viviendo en la calle, sencillamente porque su pensamiento no contuvo tanta incoherencia de la *damier* de la sociedad.

Hace días no se de mi *parcero*, tal vez está en el barrio Egipto o en Las Aguas, haciendo que *camella*, o quizás está *encanado*, como la última vez por haberse encaletado una caja de caldo *maggie*. Otro día lo encontré a las afueras del Teatro Jorge Eliecer Gaitán escuchando a la sinfónica juvenil. Tocaban música de un tal Gentil Montaña. Si no aparece voy y lo busco por allá.

Siempre me *echa* historias *solladas* de su infancia, de cuando jugaba con carros de balineras y trompos de madera. De un juego” en el que pateaban un tarro o frasco de plástico y mientras alguien iba a recogerlo los demás niños se escondían. No sé qué se fuma en esos momentos cuando habla todas esas cosas raras, porque yo solo veo niños absorbidos por juegos digitales, que me recuerdan a mi primer amo quien me *faltoneó*, al preferir cuidar una mascota virtual, un gato de su celular.

Por la Carrera Cuarta encuentro en una esquina a mi Heriberto de la Calle, lustrabotas nacido en el barrio La Perseverancia a quien le va muy bien embolándoles zapatos a políticos y personajes de la farándula. A veces lo invitan a hablar en la tele. Qué Candelaria, me dijo. Por qué tan sola, por ahí pasó El Poeta. Yo solo le bato mi cola. Sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta un *mojicón* que tanto me gusta y me lo dio.

Siguiendo en la búsqueda de mi amo transito cerca a la Casa de Poesía Silva, subo por la Calle Trece hasta la Carrera Segunda y a lo lejos, en la plaza del Chorro de Quevedo, creo ver a mi amo. A medida que me acerco escucho su voz en medio de una multitud recitando a Cesar Vallejo: “*Y el hombre... Pobre... ¡pobre! Vuelve los ojos, como cuando por sobre el hombro nos llama una palmada; vuelve los ojos locos, y todo lo vivido se empoza, como charco de culpa, en la mirada. Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!*”. Le aplauden y le dan unas monedas.

Al percatarse que estoy allí se le ilumina el rostro mientras dice: Llegó La Candelaria. Me acerco y me apretuja entre sus brazos como lo hace todas las veces cuando piensa que me ha perdido. Y yo *empiñatada* pienso; *sikas* este es mi ñero.